

El horizonte (inmediato) de un Museo serrablés (o del impacto de un gigante turístico en el entorno de la memoria ancestral)

JUAN JOSÉ OÑA FERNÁNDEZ

En un lugar de Serrablo por donde pasan río, tren y carretera sobre la que marchan transportistas y turistas que en su tránsito lo ignoran, y que antaño fue encrucijada de comunicación para miles de cabezas de ganado con sus pastores hacia tierra llana (Huesca), se encuentra un museo humilde, singular y desconocido para muchos foráneos que, si en él se adentraban, era por particular interés o por el impulso del efectivo e imprescindible boca a boca. Este resaltaba normalmente un conjunto de impresiones positivas y estimulantes emanadas de un espacio rural, artístico y reivindicativo.

En ese mismo lugar de Serrablo (hablamos de El Puente de Sabiñánigo), a menos de 500 metros del museo y en el cuartel que antes ocupaba una unidad militar, ha nacido en el verano de 2005 una iniciativa autodefinida como un centro de ocio, un parque que basa su contenido temático en el Pirineo aragonés: es el ya conocido Pirenarium, complejo que reúne una zona de maquetas referentes a sitios oscenses emblemáticos, otra de proyecciones y de vuelos virtuales sobre el territorio, una más de servicios y un albergue.

El impacto de este recurso turístico/cultural en Sabiñánigo ha sido trascendental: 60000 personas han pasado por él y la población en tres meses, según las cifras oficiales, lo cual no tiene precedentes exceptuando, lógicamente, el vaivén de turistas invernales que atraviesan las proximidades con destino a las estaciones de esquí de Formigal, Panticosa, Candanchú, Cerler o Astún, pero cuya presencia en Sabiñánigo es inestable comparada con la del resto de la Comarca del Alto Gállego en temporada alta.

Museo

El horizonte (inmediato) de un Museo serrablés (o del impacto de un gigante turístico en el entorno de la memoria ancestral)

Sabiñánigo es una localidad nacida de una estación de ferrocarril de inicios del siglo XX y que dependía del viejo pueblo de Samianigo (300 habitantes). Su posición estratégica (cruce de las vías de comunicación hacia el norte –Francia-, el oeste –Jaca-, el este –Broto, valle del Ara- y el sur –Huesca, Tierra Llana); el paso de dicha línea férrea (el Canfranc) más la explotación hidrográfica de su entorno (cuatro fuentes de agua en apenas cuatro kilómetros), provocó su explotación y su definición como entramado industrial (el principal foco del Pirineo altoaragonés) y, por ende, supuso un atractivo para la mano de obra serrablesa y foránea. De llamarse el “Barrio de la estación” ha pasado, con más de 9000 vecinos, a representar la cabeza oficial de la Comarca del Alto Gállego y a absorber en su término municipal (uno de los mayores de España) más de setenta núcleos rurales, deshabitados en buena parte.

Ahora bien, si el sector turístico, secundario en la localidad, ha sufrido una profunda conmoción con Pirenarium, ¿en qué modo un museo de Artes Populares se ha visto envuelto por ese fenómeno? Desde luego, y a primera vista, la repercusión ha sido también histórica sin haber experimentado algo semejante en los ya 26 años de su existencia. No obstante, una cuestión es la cantidad y otra la relación entre acogida, comunicación e intercambio del entorno museístico con los visitantes. En otras palabras, de la oferta de un servicio acorde a los propósitos que inspiran el centro.

ACERCA DEL MUSEO ÁNGEL ORENSANZ Y DE ARTES POPULARES DE SERRABLO

La singularidad de este centro se basa, por un lado, en sentirse como un museo local educativo y con un ideario socializador, pues estudia una parcela del Pirineo para proyectarse en un mundo global mediante el reconocimiento de la multiplicidad de culturas y gentes, y se suma a la resistencia contra la aculturización universal. Por otro lado, esa singularidad se refuerza por haber nacido desde un claro impulso popular, concretado en la Asociación de Amigos de Serrablo, para recuperar el olvidado pero riquísimo patrimonio religioso (iglesias), etnográfico (arquitectura, utensilios tradicionales, usos y costumbres), y hasta la medieval denominación de una subregión pirenaica (Serrablo). Esta asociación, junto al escultor Angel Orensanz y al Ayuntamiento sabiñaguense, gestó el hoy patronato que rige el museo, y sus huellas quedan plasmadas en un organizado grupo de voluntarios que pivotan alrededor del centro expositivo. Simultáneamente, otro aspecto se refiere al hecho de que, si por un lado, con el museo de dibujo “Castillo de Larrés”, gestionado por Amigos de Serrablo, y con esas rarísimas y únicas iglesias llamadas del “círculo larricense”, nuestro museo constituyó uno de los pilares de la cultura de Sabiñánigo y de la comarca, por otro lado está imbricado en el ánimo del vecindario pues la identificación de la localidad con “su” museo es total y, además, motivo de orgullo para los habitantes, que no dudan en enseñar a invitados o lejanos familiares.

Como características básicas se encuentran, en cuanto a su continente, una estructura conformada por dos edificios. El original es Casa Batanero, que responde a la tipo-

logía de casa-patio de la vivienda pirenaica de la zona, con fecha de 1810 (reformada sin duda sobre otro edificio mucho más antiguo), y perteneciente entonces a una bien situada familia que trabajaba el batán en el inmediato río Gállego. El segundo bloque, unido a aquél por un pasadizo aéreo, se levantó según los parámetros arquitectónicos autóctonos matizados, lógicamente, por la contemporaneidad de los materiales y la estudiada funcionalidad para servir como centro expositivo sin desentonar en nada de Batanero. Fue inaugurado en enero de 1998, casi 20 años después del nacimiento del museo, fruto de la proyección adquirida, del incremento del turismo, de las actividades extraescolares, de la adquisición de fondos y del aumento de las personas activas alrededor del centro. El contenido, al que más adelante se hará alusión, se basa en la combinación de los campos etnográficos y de arte contemporáneo.

Obviamente, el conjunto se encuentra integrado en el Sistema de Museos de Aragón y, como centro dinámico, impulsa diversas actividades, siempre relacionadas con el citado espíritu social que lo impregna. Por un lado, festivas y recuperadoras de las de antaño como la Sanchuanada, en Isun, reviviendo la singular atmósfera del solsticio de verano, o las Beiladas, reuniones que recrean en diciembre el espíritu tradicional de las veladas invernales junto al fuego, adaptando temas del ayer a la actualidad y realidad del museo. Otras actividades son promotoras, como el concurso bianual de arte contemporáneo “Ángel Orensanz” o, en su momento, de fotografía, y coordina la intervención con el ya citado del Castillo de Larrés en el Día Internacional de los museos.

Un tercer escenario de actuación se refiere a lo educativo pues es un elemento clave para

el programa Escuelas viajeras (acoge una media de 10 visitas de grupos escolares durante el periodo académico), y su Pedrón, el abuelo que representa al diablillo serrablés que durante los tiempos de penuria arrasaba con los trozos de pan en las casas, pero que hoy hace pervivir el mundo rural y ancestral para niños y mayores, se ha convertido en un referente infantil. El personaje ha sido cantado por uno de los emblemáticos grupos del folklore pirenaico (La ronda de Boltaña), tiene su lugar en la localidad como cabezudo de las comparsas festivaleras, está físicamente en la habitación más caldeada de la casa (cuarto de Pedrón), donde espera a los curiosos, y es objeto de una difundidísima y exitosa publicación gestada desde su museo, cuyo beneficio cede a UNICEF. Relacionando este aspecto educativo con el de sensibilización socio-cultural hacia comunidades en riesgo o desasistidas, hay que recordar el encuentro del Pedrón con los niños de la República Saharaui o la imbricación con el programa de educativo infantil El Alto-La Paz en Bolivia. Y para no olvidar la propia raíz, colabora con distintas entidades culturales aragonesistas defendiendo al idioma autóctono, lo cual manifiesta en las propias indicaciones de las piezas en el museo, escritas en aragonés junto al castellano.

Un último aspecto de esta labor dinamizadora lo constituye su propio programa divulgativo, centrado en la publicación de estudios concretos sobre el entorno serrablés que responden a la línea editorial llamada “A lazena de Yaya”.

Museo

El horizonte (inmediato) de un Museo serrablés (o del impacto de un gigante turístico en el entorno de la memoria ancestral)

PIRENARIUM Y MUSEO: ¿ESTÍMULO, IMPULSO, ZOZOBRA?

Hasta la aparición del parque temático, el ciclo anual de visitantes al museo se polarizaba en dos máximos: el escolar, desde abril a junio, y el turístico-veraniego con su cenit en agosto.

Las estadísticas hablan por sí mismas. Si, redondeando, para agosto de 2000 acudieron casi 1700 personas, que paulatinamente descendieron hasta los 1100 de 2004, en el mismo mes de 2005 las visitas han alcanzado una cifra de casi... 4500 personas, es decir, 3000 más que en el mejor de los cuatro primeros años de este siglo. Y el sorprendente resultado no desentona en septiembre, un mes de remanentes entradas que oscilaban entre 500 y 700 pero que en 2005 han pasado a 2300. Como muestra, el dato del domingo 2 de octubre: 450.

Está claro, los números hablan y, en primera impresión, son espectaculares: tres veces más de usuarios del servicio museo. Ahora bien... ¿resulta esto positivo? ¿cuáles son las servidumbres de tal afluencia? ¿es compatible la marea humana atraída por el ocio oportunista con el estímulo de lo ancestral y de lo rural en cuanto ejercicio de reflexión sobre lo actual y lo futuro? Ante la indudable sacudida se exige el análisis sereno y previsor para optimizar, paliar o corregir los efectos de lo que parece se convertirá en una rutina ligada a la evolución de Pirenarium.

El arnal (panal) que supone la chaminera con su espantabrujas, la imagen representativa del museo por excelencia, se ha agitado ante la aparición de un enjambre de personas con múltiples disposiciones y actitudes hacia la miel que ofrece la visita. El bullicio de niños, padres, ancianos con la pulserita de colores anunciando su

procedencia ha sido la tónica contrapuesta con lo que ya es excepcional: el visitante que acudía al museo sin depender de otras motivaciones que las de la propia inquietud o curiosidad, y cuyo número ha descendido drásticamente hasta quedar como un elemento meramente testimonial, si bien hasta julio de 2005, con los grupos infantiles, era uno de los pilares de la receptividad del museo.

Lo entrañable de las charradas y de los recuerdos en voz alta de los mayores sentados en el corral, refugiados del calor extremo de agosto; los múltiples comentarios, las colas en los servicios o los no pocos bebés que recibían en sus cochecitos la dosis alimenticia de sus madres y la fresca agua de la fuente, pese a ofrecer un ambiente apreciable y animado no debe desviar la lógica del profesional. Una simple observación atestigua que antes de la media hora ya salía alguna familia de un museo que guarda, enseña y comunica más de tres mil piezas en dos casas de tres plantas cada una, enlazadas con un pasadizo aéreo que mira al centro del pueblo y al Pirineo, y que cuenta, además, con horno, corral, fragua y jardín etnobotánico. Estructura que se divide entre salas de agricultura, transporte, ganado, bodega, mundo pastoril y textil, medicina popular, religiosidad serrablesa, música, arquitecturas popular y religiosa, geografía pirenaica, arte contemporáneo de Orensanz, y, por supuesto, la cocina, las alcobas y la habitación del Pedrón. El conjunto, a su vez, queda envuelto por atractivos paneles didácticos y unas doscientas ilustrativas fotografías decimonónicas y de primeros del XX sobre la cultura popular pirenaica altoaragonesa.

Esa veloz familia había visto y utilizado parte de la oferta Pirenarium y se daba por contenta. Y es cierto: han entrado y hablarán del museo,

y es posible que para algunos de sus integrantes, que siempre pudieron creer que un museo era algo cerrado, silencioso, nada motivador y almacén de cosas, haya despertado interés por acudir a otros y de distintas tipologías. ¿Pero es eso lo que, en el fondo, pretende motivar en el ánimo de cada uno de los visitantes un museo local que avisa del abandono de las raíces, de la aculturización y que reclama relaciones estrechas entre las comunidades? ¿No es más lógico que prefiera crear un ambiente de complicidad entre el usuario y el entorno en el que se sumerge y, a su vez, aliente una comunicación fluida entre los grupos que lo exploran?

Un dato elocuente, además de que la presencia de emigrantes ha sido nula, es el de que en lo puramente divulgativo tal cantidad de usuarios apenas repercutió en los ingresos por ventas de los recursos didácticos producidos por el centro. No ha habido un estallido de peticiones de los libros más significativos del museo (el infantil Pedrón y la didáctica Guía “Rasquil”). Las audioguías sólo se han solicitado por los extranjeros que, con una leve ampliación en cuanto a procedencias geográficas, raramente venían con el “paquete” Pirenarium-Orensanz-Larrés. Tampoco se ha notado gran interés por utilizar, previo pago simbólico de un euro y cincuenta céntimos, el servicio de visitas guiadas, que no sólo profundizaban en el interior del museo sino que partían desde el exterior, desde la comprensión del río, del tren, de la escuela rural y de la atmósfera del pequeño pero tan importante como olvidado pueblo de El Puente.

Y si la crisis en el encauzamiento de la nueva tipología del visitante hacia los postulados del museo es uno de los agujonazos de esta aglomeración, otro arañazo incide en la capacidad física de absorción y de prestación digna de

un servicio. Esto se concreta en el resentimiento de un edificio de inicios del siglo XIX, que expone un mundo interior rico, delicado y sensible, en cuanto al trajín de hasta 400 personas en un domingo de verano que previamente guardaban cola bajo la sombra del muro exterior de piedra, la repetían en el grifo del pozo en voraz apetito de agua fresca y la continuaban en la puerta del modesto pero cuidado servicio de señoras y caballeros.

Ni que decir tiene que la seguridad física de los elementos expuestos se ha visto afectada. El visitante necesita tocar, oír, apreciar; en definitiva, experimentar y no sólo ver colores, formas y cacharros colgados. Y si eso no supone riesgo con el tradicional usuario, excepto con algunos colectivos no concienciados, otra cuestión ha supuesto el repique arrítmico de esquillones, el golpeo de las cascaderas o el cambio de lugar de los mallos como comprobación empírica de sus pesos por parte de algún motivado. Y todo eso dando gracias, todavía, a no datar faltas malintencionadas de cerraduras, herraduras, útiles de cocina, cerámicas, carlancas o trucos, elementos demasiado expuestos al trasiego humano. Milagrosamente, y hasta ahora, lo fatal no ha ocurrido; los desperfectos han sido mínimos y se debe destacar el general buen trato y uso de los baños, notablemente superior a la media de lo que uno espera cuando acude a un bar o sitios de concentración humana. Ahora bien, sin poder decir que tal situación no durará, lo que sí se debe expresar es que el riesgo ya se ha consolidado y será continuo.

CONCLUSIÓN

No hay duda que entre los efectos del nacimiento de Pirenarium, el mayor ha sido

Museo

El horizonte (inmediato) de un Museo serrablés (o del impacto de un gigante turístico en el entorno de la memoria ancestral)

incrementar el atractivo de Sabiñánigo tanto para aragoneses como para nacionales. Sus cientos de visitantes han agitado una zona estratégica en cuanto a lo fabril y a las comunicaciones pero que en el sentido turístico se sentía relegada a un nivel secundario, pues era considerada como un breve alto en el descanso de la ruta hacia los lugares “típicos y tópicos” del Pirineo aragonés o como su principal proveedor logístico. Esa afluencia de público ha repercutido trascendentalmente en la trayectoria del museo pues, incluido junto al del Castillo de Larrés en un “circuito” que se combina con la entrada al Parque, ha debido absorber una afluencia humana del mismo modo como los buxos (boj) reciben una súbita tromba de agua arrojada por tormenta pirenaica.

Ver, apreciar, sentir, conocer, recordar, aprender. Aglomeración, trasiego, ruido. Difusión, imagen, localización, señalización. Indiferencia-sentimiento, desmotivación-empatía, expectativa-resultado, ruptura del equilibrio... todos estos conceptos entrecruzados han sacudido la silenciosa sobriedad, esbeltez y poderío de la multifotografiada chimenea con su espantabrujas. De la tranquilidad al bullicio; del desconocimiento al descubrimiento en distinta intensidad; de la búsqueda motivada al aprovechamiento oportunista. Y paralelamente, en el horizonte inmediato que se presenta, desde luego no poco estimulante a la vez que inquietante para el profesional del patrimonio, aparecen otras palabras clave amenazadoras o esperanzadoras: acicate, fagocitación, simbiosis, relegación...